
DE LA ORFANDAD DEL SIN SENTIDO

JAQUELINE ALCÁZAR MORALES

RICARDO NOGUERA SOLANO

Hoy, más que nunca, es relevante comprender las ciencias de la vida a luz de la filosofía y la historia para evitar sesgos reduccionistas y generalizaciones aventuradas, pero también para reflexionar sobre nuestra propia existencia. En el marco de la convergencia de estos enfoques teóricos, nos interesa responder por qué es relevante la filosofía y la historia cuando hablamos de “la finalidad natural y el sentido de la vida”, visto desde la biología evolutiva, una cuestión que en ocasiones se ha relacionado con las ideas del diseño de las formas naturales. Bajo esta consideración, queremos abordar la idea de “la falta de finalidad en la naturaleza”, relacionada a la idea “del sentido de la vida”; con la intención de reflexionar sobre cómo desde el nacimiento del pensamiento evolutivo, y de ideas materialista, se ha planteado la idea de ausencia de finalidad en la naturaleza, considerándose como una condición previa para intentar vivir bien, con libertad y autonomía.

Desde que empezamos a filosofar como especie hemos buscado el sentido de la vida, hacia dónde vamos y por qué nuestra vida es valiosa. En esta dirección nos hemos vuelto tan ególatras sin considerar que otros seres vivos son igualmente importantes en nuestro mundo natural. Con el arribo del pensamiento evolutivo, esa egolatría y creencia en la particularidad exclusiva del ser humano, la situación no cambió mucho, ya que, de autodenominarnos el “rey de la creación”, pasamos a considerarnos “la cúspide de la evolución”, confundiendo la evolución como progreso frente a la idea de evolución como diversificación.

Hemos sido una especie de primates en busca de sentido a través de la filosofía, de la religión, del arte y de la ciencia misma usando muchas veces el instrumento de la racionalidad. En su momento, Jean-Baptiste de Lamarck nos retornó al origen humilde de nuestra existencia. Desde 1809 ya no fue necesario pensar en la voluntad del *Autor supremo* que ordena y configura a cada ser vivo en su complejidad.

Facultad de Ciencias y FES Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México.
Historia y Filosofía de la Biología, Departamento de Biología Evolutiva, Facultad de Ciencias,
Universidad Nacional Autónoma de México. /
rns@ciencias.unam.mx / <http://ricardonoguera.wordpress.com/>

Este brillante naturalista, mal interpretado y no vengado ¹, establecía en su *Filosofía zoológica que la naturaleza posee los medios y las facultades que le son necesarias para producir por sí sola lo que admiramos en ella* (Lamarck, 2017[1809]: 98). Esta afirmación, como vemos, nos deja en la soledad extrema de aquel que no quiere sentirse solo, de aquel que busca en las nimiedades diarias de la vida la dirección y el sentido del porqué estamos aquí. Agregado a lo anterior, Lamarck también considerará que la complejidad de las formas orgánicas nos hace creer que hay un desarrollo progresivo, con finalidad, con objetivos, pero eso “es una simple apariencia y no una realidad” (Lamarck, 1815: 324); con ello confirma su creencia en esa orfandad contingente de la especie humana, estableciendo una lectura que ha sido difícil de asimilar, incluso por los descendientes intelectuales que se han subido al tren del evolucionismo. Si seguimos el tren de razonamiento de Lamarck—considera Lyell— tenemos que aceptar que la vida entera desciende de un solo huevo, que el ser humano desciende del orangután (Lyell, 1832: 10,14), lo cual nos haría pensar “que todos los animales, el hombre y los seres irracionales tienen un origen común” (Lyell, 1832: 21). Lamarck, dice Lyell, “renuncia a su creencia en la alta genealogía de su especie, y mira hacia adelante, como en compensación, a la perfeccionabilidad futura del hombre en sus atributos físicos, intelectuales y morales” (Lyell, 1832: 21). No entraremos en detalles históricos que se han sesgado en la historia del pensamiento evolutivo, sólo queremos remarcar que Lyell comprendió que si las conjeturas de Lamarck eran correctas se desmoronaban las creencias en torno al origen, la exclusividad y al sentido de la vida humana.

La naturaleza ha sido la fuente de inspiración de místicos y no tan místicos como los naturalistas, y hoy los biólogos tratan de comprender a los seres orgánicos en tanto sus funciones y su historia evolutiva. Pero si la naturaleza por sí misma posee los medios para producir todo lo que admiramos en ella, ¿dónde se encuentra ese *Autor*, que por siglos hemos proclamado y que, además, admiramos su obra a través de la naturaleza? Si no hay un para qué o un sentido que nos dirija, ¿qué importancia puede tener la vida? Miles de hombres y mujeres en busca de sentido han escrito grandes obras desde lugares de exterminio ² capaces de aniquilar a cualquiera. Pero no se trata del sentido individual, de los objetivos o planes de cada sujeto. Se trata de la finalidad de la vida en general; como seres vivos nos estamos transformando todo el tiempo, hoy somos un primate capaz de mirarnos al espejo y llamarnos por nuestro nombre, pero al final de cuentas un primate que no permanecerá siempre así, que como suele ocurrir con todas las especies terminará por extinguirse o por dar origen a otra (o a otras especies), y lo mejor es hacerlo con un poco de dignidad, si es que algo podemos rescatar después de las lecciones de Lamarck.

Nos seguimos transformando, pero esa transformación, de la que aún se duda, es tan imperceptible e incomprensible porque tienen que pasar

millones de años para que se puedan observar los cambios. ¿Por qué nuestro ser siente temor y sufrimiento por la ausencia de finalidad? Si cada ser vivo es diferente cada vez, y sólo permanece de acuerdo con las circunstancias ambientales que propician su permanencia, ¿por qué aferrarnos a la búsqueda de la finalidad? Filosóficamente, ha sido una de las preguntas inevitables y lógicamente plausibles: no podemos pensar la vida y en este caso la vida humana, sin un fin, sin un objetivo, sin un para qué. Esta arrogancia nos ha llevado a la sobreexplotación y al maltrato de otras formas de vida. La falta de finalidad nos lleva a sentir dolor y soledad que sólo nos podría llevar a la orfandad natural.

Sin embargo, si nos pensamos como seres naturales, contingentes, quizá en términos filosóficos, podríamos vivir bien, realizar uno de los ideales de la ética. Ese vivir bien nos alcanzaría para comprendernos como animales y no como seres ajenos a la naturaleza misma. Somos seres humanos, pero en última instancia, somos profundamente animales, animales que le temen a su propia naturaleza. En esta medida se han ajustado diversas formas de comprendernos, y así hemos buscado que detrás de nuestro origen haya un máximo *Autor* que nos garantice la vida después de la muerte, una quimera que sólo nos ha servido como una almohada para vivir tranquilos.

Nuestra orfandad nos lleva a anhelar seguir vivos, aun sabiendo que después de la muerte no habrá un más allá. Sólo estamos aquí por ciertas contingencias e irregularidades de la naturaleza. Sin embargo, como escribía Jean Meslier, ochenta años antes que Lamarck “no resulta fácil imaginar qué es lo que hace que la materia se mueva ni que pueda moverse de una u otra manera y con determinada fuerza y velocidad [...] Pero no veo que resulte absurdo ni cause repugnancia ni que haya ningún inconveniente que impida atribuirle a la materia el origen de todo lo que es natural” (Meslier, 2010: 409).

Si provenimos de la naturaleza, a través de sus cambios y del paso del tiempo, y nos comprendiéramos por entero como entes naturales, la comprensión de la vida humana quizá sería otra. Si basáramos nuestra conducta en una educación que nos conecte a la tierra, a la materia misma, y dejamos de esperar en ilusiones después de la vida, quizá sólo allí podamos empezar a vivir en serio y con ello derrocar constructos sobre lo que es bueno y malo. Así, en la aceptación de nuestra naturaleza, podríamos ser más libres, y vivir como sugería Séneca (2010) con plenitud sin dejar escapar los instantes de la vida, que al fin de cuentas, la vida no es más que la suma de instantes que se aprovechan o se desperdician; el último que identificamos como la muerte nos aterra y nos hace recordar lo efímero y lo frágil que es la vida; un instante que de acuerdo a las enseñanzas de Séneca, podemos enfrentar con dignidad, con autonomía y libertad, para regresar al punto de partida, a la nada.

Desde luego, el materialismo filosófico no es una postura que sea única o que tenga que ser aceptada. Lo más importante es que nos muestra que podemos vivir bien y tratar a otras formas de vida con respeto, ya que nuestra libertad y reflexión propician que nos concibamos como parte de la materia y, en ese sentido, poder conectarnos con todo lo que llamamos natural. Nos parece que si rescatamos las ideas de Lamarck, de Meslier, de Séneca, y de unos cuantos más que han andado estos caminos del pensamiento, podríamos intentar vivir bien y, en última instancia, construir en nosotros una forma distinta de nuestra capacidad y de nuestra vivencia ética.

El respeto a los otros humanos y a otras formas de vida es lo que, hoy más que nunca buscamos y deseamos, pero hemos fundamentado nuestras conductas morales en ideas basadas en supuestos, que dejan de lado nuestra responsabilidad, y muchas veces actuamos por el temor a ser castigados, y oprimimos nuestra naturaleza para no ser juzgados. ¿Cómo entonces explicamos que se puede vivir bien y éticamente sin basar nuestras acciones en creencias no fundamentadas? La propuesta parece ser clara: volver la mirada a la materia, a la tierra, a la naturaleza... porque ésta nos ha propiciado de las facultades capaces de construir quimeras, pero también las cosas más extraordinarias.

Reconocer que sólo somos un evento contingente de las regularidades e irregularidades naturales —como sostenía Meslier— aunque provocador y aterrador, porque nos vemos atrapados en la orfandad del sinsentido, puede resultar estimulante para el ejercicio de nuestra libertad, autonomía y creatividad.

NOTAS

- 1 En alusión a la inscripción del relieve de Lamarck y su hija Aménaïde Cornélie, de la estatua que se encuentra en la entrada del Jardín de las Plantas en París: *"La postérité vous admirera. Elle vous vengera, mon père"*.
- 2 Un caso muy famoso fue el Viktor Frankl, quien estuvo en un campo de concentración, y logró sobrevivir y darle sentido a su vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Lamarck, J. B. (2017[1809]), *Filosofía zoológica*. Madrid: La oveja roja.
Lamarck, J. B. (1815), *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres*, Vol. 1, Paris, Verdère.
Lyell, Ch. (1832), *Principles of Geology*. Vol. 2. London: John Murray.
Meslier, J. (2010), *Memoria contra la religión*. Pamplona: LAETOLI.
Séneca (2010), *De la brevedad de la vida*. Andalucía: Junta de Andalucía.